

II.

El ataúd cubierto de rosas.

Víctor Hugo debía haberse detenido algunos instantes más. Apenas habría andado veinte pasos, cuando Esther declamaba sus versos, dándoles el acento de la poesía y del sentimiento, como si le hubiesen sido inspirados á ella misma.

Le rogaron que los repitiera. Valía cogió el precioso autógrafo del poeta para recitar las estrofas; pero Esther, ofendida, quiso volverlas á tomar. Combate entre las dos hermanas. Salvaje cólera de Esther. Los espectadores de la escena intervinieron en la lucha.

—Á mí sola es á quien los ha dado,— dijo la niña.

—Á las dos,—murmuró Valía.

El papel se desgarró.

—¡Oh! ¡Si Víctor Hugo las viera!—exclamó uno de los espectadores más graves.

Este nombre hizo cesar la tempestad como por encanto. Valía, desarmada, entregó á Esther la media hoja que tenía en la mano.

—Es menester que se abracen, — dijeron algunos.

Valía cogió á Esther, y la abrazó. Se aplaudió. Esther, contenta y triunfante, se puso á recitar de nuevo los versos con una emoción que le atrajo todas las simpatías.

LA PATRIA DE MIGNON.

En la tierra dichosa
Del azar y el jazmín,
Con mi madre amorosa
Era yo muy feliz.
Mas vinieron extraños
Una vez á mi hogar,
Y con torpes engaños
Me llevaron allá....
Allá, al país triste
De nieves y fríos,
Donde el cielo se viste
De tintes sombríos.
Como ellos cantaban,
Cantaba yo allí....
Mis ojos lloraban....
¡Ay! ¡cuánto sufrí!....
Lloraba la ausencia
De mi alegre hogar,
Donde mi inocencia
Gozó dulce paz.

Mas de mi quebranto
Nadie se dolió;
Nadie vió mi llanto,
Nadie mi dolor.

Con mi triste suerte
No puedo luchar;
Señales de muerte
En mi rostro hay ya.

Desando el camino
Que al mal me llevó,
Pero es mi destino
Más fuerte que yo.

Pregunta mi anhelo
Dónde está mi hogar....
¡Mi patria es el cielo,
Mi patria inmortal!

Apenas había concluído Esther, cuando vió bajo los arcos un ataúd de terciopelo negro cubierto de flores. Al verlo, sintió una viva emoción; la voz se extinguió en sus labios.

—Mira, Valía; mira ese hermoso ataúd negro, medio oculto por las flores.

—¡Es magnífico!—dijo Valía.

Un poco más, y hubiera cogido una rosa.

—Dime Valía (replicó Esther); ¿es que tú no eres como yo? Me parece que estoy tendida en esa caja. Abrázame; creo que estoy muerta.

—¡Qué tonta eres!

Esther se reclinó en los brazos de su hermana, como si la muerte la hubiera tocado con su mano descarnada.

—Escucha, Valía; si yo muero joven, y tú eres rica, haz que me pongan en un ataúd como ese, con ramos de violetas y de rosas blancas.

Presentimientos del destino.

Bajo aquellos mismos arcos se verá más tarde el féretro de Esther; su último traje de terciopelo negro estará cubierto de violetas y de rosas blancas.

III.

Cancones para reir y para llorar.

Aquella noche fué una verdadera fiesta en las buhardillas en que se albergaba toda la familia; una verdadera fiesta, no por la moneda de cinco francos de Víctor Hugo, sino porque éste había abrazado á Esther.

—¡No sé por qué no me habrá abrazado á mí también!—dijo ingenuamente Valía en aquella ocasión.

—Porque, gracias á Dios (respondió Esther), no es costumbre abrazar á las jóvenes en la calle.

Su madre, la señora Bonheur, se hizo explicar por una de las vecinas quién era Víctor Hugo.

—Es un hombre sin ninguna barba (dijo aquella), que tiene un talento como cuatro. Cuando era frutera me compraba cerezas para sus hijos. Tiene unas hijas como soles, y unos hijos de la piel del diablo.

—Pero, ¿qué es lo que hace para ser tan célebre?

—¡Escribe libros!

—¿Y es célebre por eso?